

tuvo que prometer Enrique al Sultán de Fez la devolución de Ceuta. Y como prenda pretoria de esta devolución tuvo que dar en rehenes á su hermano D. Fernando. Pero no pudo humanamente devolver Ceuta. Y D. Fernando, conducido desde Tánger á Fez por una larga calle de amargura en los candentes desiertos; golpeado por los hombres y maldecido por las mujeres y apedreado por los muchachos; de día comido por las moscas y de noche por los mosquitos; azotado al terrible látigo musulmán y asido al hierro de la servidumbre; obligado á barrer las cuadras y cavar los jardines; puesto en el potro que descoyuntaba sus huesos y metido en las cloacas donde sólo respiraba pestilencias y descompuesto antes de muerto; padeció años y años de cautiverio con una pasión, en la cual, para más acercarle á la pasión de Cristo, crucificáronle boca abajo, entre golpes asestados á su cuerpo, hecho todo él una llaga, y denuestos escupidos á su alma, desvanecida y evaporada en los horrores del bárbaro sacrificio. Así resultan las vocaciones de todos aquellos que han de cumplir destinos análogos á los del infante D. Enrique; proceden y obran, crueles é implacables, con una indiferencia semejante á la que ofrece Naturaleza, evaporando impasible las lágrimas y los rocíos, ó comiéndose voraz todos los cadáveres por la muerte segados en sus amplios devoradores senos. Bajo el afán de descubrir, Enrique entregó á la crucifixión su hermano menor D. Fernando; mató á dolores y penas en el desastre de Tánger al hermano mayor, al rey D. Duarte; dejó que se perpetrara con su hermano el Regente un crimen análogo al perpetrado en la inmolación de D. Pedro por los bastardos Trastamaras. Como el asceta consume la llama de su vida en rezos y penitencias; como el astrólogo desgasta su vista contemplando las conjunciones astrales; como el químico se petrifica sobre la retorta donde hierven sus mixturas, por el pecho respiradas de modo que concluyen circulando en venas y fibras; el descubridor aquel aislaba en su Cabo de Sagres el cuerpo, como en el propósito de las exploraciones el alma, y no hacía más que sembrar de tierras

con sus planes y sus proyectos el Océano, antes desierto, cual sembrara con su Verbo Dios de soles y mundos los vacíos espacios. Inútilmente morirá su madre, á quien amaba con ternura, y que le había regalado en las ansias precursoras de su beata muerte la espada de cruzado y el relicario de la Cruz: vestiráse de gala cuando el entierro no había concluído aún y celebrará con regocijo sin fin la fiesta de su embarque hacia Ceuta. Inútilmente apresarán los moros de Fez á su hermano don Fernando, y pedirán por su rescate á Ceuta; dejará que lo martiricen y que lo maten, pero Ceuta no saldrá del poder de Portugal. En vano le habrán vencido en Tánger; volverá de nuevo contra la voluntad expresa del rey D. Duarte, quien, menos inspirado y grande, pero más tierno y dulce, morirá de dolor á los golpes del martirio de Fez, resonantes en su piadoso y destrozado corazón de verdadero hermano. Como atisba el ave rapaz la presa y no ve ningún otro ser ú objeto, Enrique atisbaba desde Cabo Sagres sus tierras, y no veía nada más. El afán de invenir gentes y más gentes ataraceaba entonces todos los ánimos. El mismo infante D. Pedro había ido á Chipre y á Constantinopla, y al Cairo y al Tíber, y al Gólgota y al Sinaí en una peregrinación de dos años, movido por ese viento de los cielos que despierta inquieta curiosidad y que parece sugestión ingerida en cada cual por el colectivo espíritu de su tiempo. Quitadle á D. Enrique de Avis lo exclusivo de su vocación con lo concentrado de su pensamiento, y no se alzaría en la Historia como el más alto y el primero de los descubridores lusitanos, quienes se ufanan justamente con grandezas como las de Gama y Albuquerque. Así, á este trabajo surgieron para Portugal en el continente conocido de África, Ceuta y Tánger; en el desconocido, Río de Oro y Sierra Leona; entre las costas africanas y las costas europeas, archipiélagos como el de las Azores, é islas muy semejantes, por su flora y su fecundidad, á las más hermosas de Asia, como Madera; en los costados de África misma las islas de Cabo Verde; tras todo lo cual había de venir muy pronto el

doblar aquel Cabo de las Tormentas, que remataba todo un continente, y el traer á la levadura de nuestra vida y al escenario de nuestra historia las olvidadas regiones orientales con sus collares de perlas para enriquecernos y con sus embriagadoras especias para exaltarnos en la orgía inenarrable de una nueva vida.

Hay muchos historiadores empeñados en que la historia debe responder á intrincados acertijos de una solución muy difícil. Creyendo la concepción espiritual tan sujeta de suyo á la categoría de tiempo como la concepción material indagan el día y aun la hora en que llegó á concebir Colón su idea del descubrimiento de América. Desde nuestro tiempo, tras todo cuanto ha pasado, cosa fácil esa ilusión de creer al piloto visitado por una idea súbita en cierto instante de los conocidos ahora con dictado de psicológicos y análogos á las revelaciones venidas desde los alto sobre los espíritus extáticos. Colón de ninguna suerte alcanzó esas confianzas del Hacedor que alcanzaron Elías en el Carmelo y Moisés en el Sinaí. No adquirió lo que supo merced á los eléctricos sacudimientos experimentados por las pitonisas en sus trípodes. Mucho tenía de poeta y aun de vidente, pero sus visiones motivábanse de la experiencia y su idealismo parecíase á una especie de aroma suave muy encerrado en la realidad. Como la metafísica no pudo separarse de la religión, la ciencia no pudo separarse del arte y su poesía en el transcurso de muchas y muy prolongadas centurias. Colón debía resumir en su fe la Edad Media y en su saber la Edad Moderna. Por el sentimiento perteneció á las creencias antiguas; por el estudio perteneció á la razón y á la experiencia científica. Los que imaginan la historia compuesta de milagrosas casualidades creen la ida de Colón al reino portugués obra de un deshecho naufragio, y su acierto en el encuentro de vías nuevas marítimas y en el hallazgo de ignorados territorios obra de la confianza puesta en él por náufragos conducidos casualmente á su hogar. Y equivocáronse de medio á medio, como habrán de por fuerza equivocarse todos

cuantos crean en las inesperadas y súbitas improvisaciones sociales. Antes de Sócrates hay una ciencia socrática, en la cual entran á una, sin quererlo y sin saberlo ellos mismos, los sofistas que habían de combatirlo, como antes de Cristo, un cristianismo natural, en gran parte formado por los mismos sacerdotes sumos que habían de crucificarlo. Un pensamiento, sobre todo, un pensamiento científico, no surge á la callada é inesperadamente como un sol sin aurora en el cielo de la conciencia. Las ideas, antes de nacer, se anuncian al espíritu por medio de albores larguísimos, como después de morir dejan á su vez en el ocaso inextinguibles arbores. Hay que creer en la idea difusa como creemos en la materia difusa y radiante también. Hay que creer en la condensación de los pensamientos como creemos en la formación de los núcleos solares. Hay que creer en una especie de solidificación de los sistemas abstractos y científicos dentro de lo real, mediante la que van perdiendo grado por grado en sucesivas series luz y calor, pero ganando en solidez como los planetas, habitables únicamente cuando se apagan y enfrían dejando de ser soles. Por el milagro sobrenatural, por la improvisación súbita, por el relampagueo celeste, por la sugestión hipnótica, por el encuentro casual de una idealidad ignorada, pareceme imposible de todo punto explicar la natividad sublime del pensamiento innovador en Colón. Hay que ver las ideas precedentes á la suya y sus matices; que recordar los hechos capitales generadores del hecho concreto al cual debemos nosotros un mundo nuevo y debe á su vez él una gloria inmarcesible; que notar cuantos profetas lo predijeron y cuantos bautistas lo prepararon; que advertir cómo se apercibían en derredor suyo por grados y por series todos los adelantos á recibir el grito anunciando la nueva tierra renovadora de la naturaleza, del alma y de la sociedad. Sí, una evolución interminable, un movimiento casi continuo, una lógica interior de los hechos, una serie no interrumpida de ideas, un cúmulo de titánicos esfuerzos, la suma de innumerables preparaciones, algo así como la fuerza interior que

va componiendo las capas geológicas del planeta, precedió al día creador en que se halló Colón, el creador mártir, frente á frente de su obra realizada y cumplida. En todo grande móvil humano hay lo consciente y lo inconsciente siempre, como en todo hecho trascendental que inmane y perdura en el mundo, hay las causas eternas y las causas ocasionales. La presencia de Colón en Lisboa se parece á la presencia de los artistas en Roma y de los arqueólogos en Atenas. Matemático, mareante, nauta, piloto, el Mediterráneo debía ser angosto á su ambición generosísima y corrió al Océano. Criado en aquellas ciudades italianas que miraban al Oriente y á lo pasado, él debía venir aquí, donde se miraba por una ley providencial hacia el Occidente y hacia lo porvenir. Esta fué la causa generatriz de su arribo á Lisboa; pero la causa ocasional y determinante fué la estancia de Bartolomé Colón, su hermano, entre los portugueses. Muy sujetas á crítica se hallan todas las fechas biográficas en la historia de Colón antes de que su obra le diera un tan elevado renombre y una tan extendida fama; pero debemos suponer que llegó tres ó cuatro años antes de que pasara desde esta mortal á la otra vida eterna el infante D. Enrique. Tan feliz coincidencia le permitió conocer el cuadrante, ó sea la mejora llevada por nuestros marinos á la brújula; el nuevo método de las aplicaciones del astrolabio á la náutica, merced á las cuales podían los barcos apartarse de las costas y dirigirse á lo infinito en la mar; el atrevido empuje con que habían los descubridores expedidos desde Sagres doblado la punta del promontorio Bojador, que se tenía por término del mundo; la carabela occidental, pequeña, pero tan ágil, que sus latinas velas parecían alas de gaviota y su cuerpo un pez, como un eximio lusitano la describe, de poco calado para que pudiese costear y abordar fácilmente, de mucha resistencia y fuerza para que pudiese darse con facilidad á olas y vientos; artefacto indispensable al sumo trabajo de las exploraciones y de los descubrimientos. Con todo esto no pudo caberle ya duda respecto á la forma esférica del planeta. Y no

cabiéndole duda respecto de tal forma, tampoco le cabía respecto de una convicción á ella concunstantial: que habría de topar con las tierras de Oriente navegando por Occidente. Y no cabiéndole á este respecto duda de ningún género, tampoco podría tenerla respecto de que ni las Azores, ni las islas de Cabo Verde, ni Guinea, ni descubrimiento ninguno hecho por los portugueses podía ser la postrera extremidad occidental de nuestro globo.

Admirables concepciones y profundamente verdaderas todas las anteriores, no contribuyeron, sin embargo, en tanta medida, no, á la obra de Colón, como un error capital, como el error de creer la tierra mucho más pequeña de lo que es realmente. No admitió las ideas vulgares de su tiempo en la cuestión de los antípodas, tenidos por imposibles dentro de la ciencia tradicional. No escuchó á los que negaban la forma esférica de nuestra tierra, fundados en que los profetas habían puesto en comparanza la extensión del cielo con el techo de una tienda. Pero creyó en las dimensiones dadas por Ptolomeo al mundo, y poseído de esta idea creyó que había muy poco mar, y por ende muy cortas distancias entre los descubrimientos últimos de Portugal hacia Occidente y las Indias Orientales. Ya penetrado de todo esto en su interior y resuelto á realizarlo, iba observando todo lo que veía en torno suyo y robusteciendo con estas observaciones sus íntimas creencias. Por ejemplo, la ciencia del mallorquín Jaime, los mapas de nuestro Valseca, las noticias de un tal Vicente que le aseguraba en su alma y en su Dios el hallazgo de maderos tallados por una industria no clasificable ni conocida entre las industrias usuales, aquellos juncos gigantes notados por D. Juan I y cuya magnitud añadiera dificultades invencibles á todo conato de navegación por el mar tenebroso, el globo de Besaín que ponía la fabulosa é increíble Atlántida en el espacio mismo donde ponía Colón las Indias Orientales; miles de circunstancias, perdidas para la historia, pero todas inmanentes en el centro y foco de la idea que podremos llamar colombina, formaron la nebulosa in-

mensa en el tiempo y en el espacio, de cuyo seno se desprendió como un sol espléndido el maravilloso descubrimiento. Imposible negar los indicios más ó menos seguros que pululaban por todas partes, imposible de todo punto. Tal anunciaba la vista cierta de islotes triples aparecidos en días claros hacia el trópico y permanentes en el mismo sitio siempre. Tal otro tomaba las refracciones de los rayos solares en el aire marino por continentes verdaderos. Contaban éstos haberse visto cadáveres de seres humanos muy desemejantes en la color y en las facciones de los seres humanos generalmente conocidos y contaban aquéllos haber descubierto pinos flotantes muy diversos de los pinos europeos. Varios grumetes aseguraban haber cogido en unos islotes occidentales puñados de arenas para su fogón, encontrando en gran parte oro purísimo. Los pilotos aumentaban todos estos espejismos de la imaginación y del deseo con relaciones más ó menos verosímiles de fenómenos más ó menos reales. Los que navegaban por mares islandeses á una solían convenir en que miles de indicios anunciaban una tierra occidental, hacia la cual zarparon mil veces, teniendo que volverse mal de su grado á la resistencia opuesta por desatados huracanes. Un hombre nacido en Génova, criado en las costas, puesto desde su niñez al tanto de las cosas marinas, conocedor del Mediterráneo, avezado á sacar leyes de las observaciones particulares, en la flor de su vida llegado con toda clase de conocimientos náuticos á la inmensa factoría que formaba en aquella sazón Portugal, tenía sobradas piedras de toque para que acerara el genio nativo de revelador y oyera los llamamientos y obedeciera los impulsos de sus providenciales vocaciones. Así no puede admitirse la fábula contada por Oviedo y repetida por Herrera mismo, atribuyendo el viaje de Colón á las noticias dadas por un piloto de Palos que abordara, impelido por un huracán, al Nuevo Mundo; y tomadas lenguas, y hechas medidas de aquellas alturas, y calculada con profunda sabiduría su latitud, se volviera muy á la callada camino de Portugal, y al retorno, encontrándose con Colón por una de

las islas portuguesas, como efecto del cansancio y del trabajo sintiese que se avecinaba la muerte, refriera en sus ansias al genovés el tesoro de sus conocimientos y de sus experiencias, con el cual enriquecido, pudo ya poner por obra el plan de su invención y aseverarlo cual si llevara en sus palabras y en sus promesas la viviente realidad. Inútil, después de referido todo esto, añadir cómo carece de fundamento histórico. No se basa en escrito de ninguna clase, ni en documento capaz de hacer fe, ni en testimonio alguno estimable. Por lo que vemos en los historiadores antes mencionados, que lo repiten y no lo creen, todo se funda en las consejas con que la vulgar envidia deslustra siempre al mérito, persiguiéndole y acosándole con terribles insanas. De tener Colón la evidencia que atribuye tal cuento á su proyecto, no vacilara como vaciló tantas veces; no tuviera las congojas que le atacearon en el período larguísimo de veinte años; no tanteara como tanteó tantas vías; no hiciera como hizo tal número de proposiciones; no empleara los argumentos empleados de intuición y de ciencia: bastábale con haber cogido los comprobantes de sus asertos, los papeles varios depositados en su poder por la ciega confianza de un amigo, y con ellos vencer la incredulidad general tan tenazmente contraria y enemiga de sus colosales proyectos. Una prueba práctica y tangible de que los sostenía únicamente con cálculos probables, se halla en que, habiéndole pedido mil veces algo cierto, nunca pudo aportarlo á los mil juicios contradictorios abiertos acerca de su plan y en los cuales apelaba unas veces á la fe católica, otras veces á los cálculos científicos; ya sabio ó ya profeta, parapetado tras ilusiones y cálculos; pero sin que nunca jamás pudiera fundarse aquella fábrica de sus alucinaciones y de sus esperanzas en fundamento real ninguno, que no habían menester las adivinaciones de un genio en quien Dios había puesto con la intuición sobrehumana que allega y formula adivinaciones proféticas, un raciocinio tan claro, una observación tan profunda, un cálculo tan matemático, una maestría en cosas náuticas, un saber astronómico y cosmográfico tan

grande, una paciencia en el trabajo, una tenacidad en el propósito, una esperanza tan perdurable y una voluntad tan viva y un culto tan firme al pensamiento, que habremos de contarle entre los ejemplares más extraordinarios y más extraños cognoscibles por las sendas ciencias del temperamento y del carácter, por la Psicología y la Fisiología humanas.

CAPÍTULO V.

CASAMIENTO DE COLÓN Y ESTANCIA DE CASADO EN PORTUGAL.

COLÓN había no sólo estudiado su idea en Portugal, habíala vivido, como ahora se dice. Muy pobre, los agujijones de la necesidad espoleábanle á ejercer como un oficio lucrativo su maestría en cartología y á estudiar de este modo el mundo conocido, como base para las indagaciones acerca de los mundos por conocer todavía. Su destreza en la composición de las cartas marinas y de los mapamundis y de las esferas armilares y de las tablas y de los cálculos habíale granjeado medios de vivir con estrechez, pero con decencia, nutriéndolo de aquello mismo con que debía ilustrar el propio nombre y servir al planeta entero, pues no hay escuela, donde tanto pueda enseñarse y aprenderse, como en la necesidad impuesta por una grande miseria. Cuentan los biógrafos de Colón que, no contento con ocurrir á las propias necesidades en lo posible por medio de aquel su oficio, allegaba también algún recurso que ofrecer á su anciano padre ausente. Así, poco á poco, á guisa del gusano de seda, extraía de su propia sustancia y esencia los hilos de la urdimbre de ideas, en cuyas mallas prendió al Nuevo Mundo, estudiado, entrevisto, presentido